

Golpismo y nacionalismo en la idiosincrasia militar

[Carlos Maria Gutierrez 4 DIC 1979](#)

En junio de 1936, el general José David Toro decretó la caducidad de todas las concesiones petrolíferas bolivianas a firmas extranjeras, exceptuando, provisionalmente, a la Standard Oil; en diciembre de ese año creó los Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPFB); el 13 de marzo de 1937 retiró la última concesión a la Standard Oil -que debió abandonar el territorio- y nacionalizó totalmente los hidrocarburos, encomendando su administración integral al nuevo organismo. La guerra del Chaco se había hecho por el petróleo. Históricamente, pues, puede afirmarse que el petróleo será, de allí en adelante, más que el estaño, medida del nacionalismo boliviano. En su defensa o en su entrega estarán los índices de referencia, aunque el estaño sea, cuantitativamente, una imagen más concreta del patrimonio común. La tradición nacionalista había empezado con un militar que, al menos jurídicamente, rescató el petróleo, mientras otros Gobiernos civiles eran responsables por las concesiones desmesuradas. Toro no podía compararse a Cárdenas; fue, en otros aspectos, un dictador militar más, no tomó ninguna otra decisión comparable y poco después fue sustituido por Busch, inspirador real de la medida. Pero la bofetada que una semicolonía humillada y pobre asestó a la primera potencia petrolera mundial expresó, con intuición todavía desvalida, pero correcta, la concepción nacionalista que la guerra del Chaco iba haciendo germinar en los militares regresados del frente.

El asesoramiento civil al grupo de Busch

Muchos civiles que después aparecerán como fundadores del Movimiento Revolucionario Nacionalista y que con su candidato e ideólogo, Víctor Paz Estenssoro, ganarán las elecciones de 1951 (para obtener después, al serles estafado ese comicio, la victoria de la sangrienta revolución popular de 1952, donde se inicia el período de la Bolivia moderna) fueron también combatientes en el Chaco. Al cesar la contienda habían empezado a reflexionar, por su parte, sobre el pasado inmediato y, más aún, sobre el futuro.

Esos civiles proporcionan al grupo de Busch algunos proyectos audaces para la época; además de asesorarlo en la cuestión del petróleo, inducen la creación de un Ministerio de Trabajo y ciertas medidas de tipo sindical. Cuando Busch destituye a Salamanca y pone en su lugar a Toro (en un anticipo latinoamericano de la relación Naguib-Nasser), el economista Carlos Montenegro, vinculado a la creación del MNR, asesora a los militares. Otros nombres del futuro MNR circulan ya alrededor del nacionalismo castrense o en apoyo de sus programas; en 1938, cuando una convención constituyente confirma a Busch en la presidencia, Paz Estenssoro es diputado (y será también presidente del Banco Minero); Montenegro creará la Unión Defensora del Petróleo; Walter Guevara Arze (el presidente derrocado ahora por el coronel Natusch) forma parte del equipo de jóvenes nacionalistas; el novelista Augusto Céspedes, finalmente, inaugura *La Calle*, un diario antiloligárquico y feroz que es también el mejor escrito de Bolivia.

Con asesoramiento de Montenegro, Paz Estenssoro, Céspedes y otros civiles, Busch dicta el decreto nacionalizador de la comercialización de minerales, que quita a la *Rosca* el control de las divisas originadas por esas exportaciones.

La logia y la presidencia de Villarroel

En agosto de 1939, Busch aparece muerto -según se dijo, por suicidio- y el general Peñaranda, en nombre de una coalición política financiada por la Gran Minería, asume la presidencia para iniciar un largo período de gobierno opuesto a los objetivos nacionalistas y totalmente dominado por los intereses aliados en la segunda guerra mundial (que llevó incluso, al ingresar Estados Unidos en la contienda, a rebajar los precios del estaño).

Pero en 1943 el péndulo militar oscila de nuevo: la logia militar Razón de Patria (Radepa) -un grupo de 68 militares nacionalistas creado por el mayor Elías Belmonte en las prisiones paraguayas del Chaco- se combina con el MNR en una conspiración que derroca a Peñaranda, aunque se atrae la condena estadounidense. Fue una operación incruenta (no lo sería el proceso posterior) que suspendió por un tiempo la omnipotencia política de la *Rosca* y puso en la presidencia al mayor Gualberto Villarroel.

En los dos años y medio que duró el régimen de Villarroel, la persistencia del MNR en sus ideas, más una notable capacidad para absorber golpes bajos o desaires y negociar continuamente con mayores o capitanes, le permitieron ir arrancando muchas resoluciones positivas, en especial la sindicalización minera y campesina. Si bien reformistas, o mal implementadas, ellas marcaron el cauce de los acontecimientos revolucionarios posteriores, en la década de 1950.

Una conspiración desarrollada pacientemente por los partidos políticos de la Gran Minería y por cierta izquierda aliadófila (el Partido de Izquierda Revolucionaria, que se decía marxista), liquidaría, en 1946, el régimen nacionalista de Villarroel. Constantes presiones norteamericanas precedieron a la conjura, por la

doble vía de la diplomacia (a cargo del propietario de minas Spruille Braden, entonces subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos) y de agentes de la Oficina de Servicios Especiales (OSS), antecesora de la CIA. El régimen fue aislado, entre otros hechos, porque el jacobinismo cerril de la junta se interpuso siempre en la tentativa del MNR para crear al régimen una base política organizada y vasta. El 21 de julio, pese a haber firmado un rato antes su dimisión, Villarroel fue capturado dentro del palacio por una ola de manifestantes convenientemente furiosos y descontrolados. Medio muerto a golpes, se le arrojó a la calle por un balcón. Su cuerpo, junto al de otros cuatro de sus colaboradores, colgó durante dos días de los faroles de la plaza Murillo, frente al palacio.

En las décadas transcurridas desde la guerra del Chaco, los militares bolivianos serán a menudo -cediendo al papel que los intereses de la política exterior estadounidense atribuyen a los ejércitos nacionales en América Latina- los agentes de la entrega, como ocurrió especialmente con las desnacionalizaciones de Bánzer, después de 1971. En eso, las Fuerzas Armadas de Bolivia no se diferencian de otras, pero con una peculiaridad: la de proporcionar, cuando el ciclo de esa entrega amenaza la esencia misma de la nación, un hombre (a veces instrumento, a veces dirigente) que participa de algún modo en la corrección del rumbo.

Intérpretes confusos de las aspiraciones populares

Esos escasos militares son intérpretes confusos de las aspiraciones populares; se mueven en medio de querellas de facción, ejercen el poder con estilo despótico, abjuran con facilidad de su propio pasado. Y, sin embargo, su presencia ha abierto el camino a determinados cambios históricos, que sólo se aprecian en un recuento acumulativo. Por un momento, han sido un punto de apoyo para que el proceso continúe. La repetición de tales casos muestra que no puede explicárseles sólo por el voluntarismo o la casualidad. En esos militares, deliberada o inconscientemente, sobrevive lo que en Bolivia se denomina «la mentalidad del Chaco». Fue hace casi cincuenta años un pliegue íntimo que la guerra y las medidas de Busch marcaron en sus jóvenes oficiales, pero no se trató solamente de un hecho generacional. Primero, una tradición; después, retórica castrense, se ha convertido hoy, de todos modos, en un elemento de la política boliviana moderna.